


La ciencia, la técnica y las artes desde la perspectiva del conocimiento como acción

INTRODUCCIÓN

 En las páginas de su *Paideia* Werner Jaeger admitió el carácter comunitario de la educación al escribir lo siguiente: “La educación no es una propiedad individual, sino que pertenece, por su esencia, a la comunidad [...] la educación participa en la vida y el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su estructuración interna y en su desarrollo espiritual” (Jaeger, 1980: 3 y 4). Sabemos por la historia, que las elites, las aristocracias, las clases populares y medias, el estado y ahora las corporaciones transnacionales, en diferente medida han dado dirección a la educación de los pueblos, han afectado las tendencias de la educación de la ciudadanía y el desarrollo del conocimiento, sobre todo el científico y tecnológico, en función de intereses específicos.

En los últimos tres siglos, la educación y la ciencia tuvieron en México una finalidad utilitaria para el ascenso y la construcción de una identidad gremial, social, política..., como lo podemos ver en el arduo proyecto de estado nacional o en la prosecución de otros fines compartidos como la paz, la democracia o la justicia social. En los últimos lustros vemos girar

la educación en nuestro país –como también en muchas otras partes– en torno a otra finalidad que parece invadirlo todo, y que es la preparación para producir determinadas cosas. Esta finalidad se constata en la política educativa que distingue prioridades, por cierto comprensibles del todo en las condiciones en que nos encontramos, pero que no por eso dejan de ser parciales y a veces hasta enajenantes. Hoy todo es mercancía, y lo que hemos observado en otros países hace algunos años, como la gran cantidad de negocios a lo largo de las calles de las ciudades, es ya casi una realidad igual en nuestras poblaciones, vemos abatir los muros de las casas para poder disponer de espacios que se venían considerando como bodegas olvidadas, para ahora vender algo en ellos. No son pocos los que buscan abrir un changarro aunque sea de baratijas o de aguas frescas. Fomentar el negocio fue una política sexenal reciente; política que ahora se nota menos, pero que sigue boyante y sin complicaciones, como si el lugar para habitar se pudiera intercambiar por el de vender y comprar. La vida gira ahora en torno a esta realidad banal y extraña, hasta los edificios históricos, los monumentos mismos han entrado en esta tendencia, y aunque son memoria de hechos, se les ve más bien como productos en muestra en el gran mercado del mundo. Para quienes los incluyen en sus programas de trabajo no tienen otra razón de ser más importante que la del consumo turístico. Hoy podemos decir que todo es mercancía; aunque también es verdad, entonces, que la mercancía lo es todo, porque ésta ha absorbido hasta los símbolos que constituían el mundo libre del reino del dinero.

Sin embargo, esta cuestión sorprende todavía más: la mercancía hoy no es sino imagen, y esto se puede comprobar con el hecho de que no circula si no es en la medida que se le inviste de valor simbólico. Así se explica que la publicidad sea de importancia decisiva, pues tiene como función promover la circulación

de la mercancía otorgándole determinado valor. En este sentido, todo es mercancía, pero en la medida en que es imagen.

Goethe entendió esto perfectamente antes de Marx. Fausto inventa el dinero-papel y produce no sólo una espantosa inflación, sino que hace que el mundo no sea otra cosa que mercado, con lo cual provoca que todo quede vacío, sin peso ni sentido, dado que todo se convierte en comprable. Pero en lo observado por Goethe sucede algo no previsto: el valor, el sentido, el espesor humano que se ha escurrido de las manos, encuentra refugio nada menos que en la mercancía a la que se le otorga valor simbólico. La mercancía no es lo que es, sino lo que significa.

¿QUIÉN ES EL SUJETO DE ESTA EXPERIENCIA?

Lo conocemos, es el consumidor, cada uno de nosotros: *volens, nolens*. No queriendo porque somos inducidos a consumir por estrategias ajenas que nos seducen; queriendo porque, sea como sea, nosotros decidimos, escogemos de entre las opciones que ofrece el mercado.

Pero, ¿cuál es la percepción que el consumidor tiene de sí mismo? Da la impresión de que –hablando de la mayoría– el consumidor no se pone tantos problemas, no sufre la contradicción y muestra en cambio tranquila disposición a participar en el juego, que le agrada y no llega a distinguir bien si en él participa como simple observador del espectáculo o si es parte activa del mismo; no sabe si es observador en el gran teatro del mundo y en el inmenso mercado global. Parece que en el consumidor se ha cumplido la profecía de Nietzsche según la cual debemos aprender a soñar sabiendo que soñamos.

En efecto, la sociedad consumista implica, entre otras cosas, el cambio de valores y la pérdida de identidad. El consumo es el indicador de un “mejor nivel de vida”, y con ello establece como prioritaria la modificación de los esquemas educativos a favor de las grandes cadenas corporativas, que tienen bien diseñados sus programas de producción, con los que, al buscar mayores márgenes de ganancia, han llegado a que, entre otras cosas, las industrias manufactureras y de servicios sustituyan al hombre con robots y maquinaria que reducen tiempos y gastos de operación, así como también la preparación del personal, que permanece contratado mientras es capaz

de operar las máquinas. En esta situación, la diferencia entre robots y hombre es poca porque los humanos no se desarrollan como tales, pues no pueden activar sus propias capacidades.

LA EDUCACIÓN COMO SERVICIO COMERCIAL

Si en la *Paideia* se dice que la educación participaba en la vida y crecimiento de la sociedad, hoy se multiplican los intentos por debilitar las identidades de las sociedades y se busca anular todo propósito o tendencia educativa que no sea moldeable por la globalización. En todas partes podemos constatar el creciente influjo de los organismos internacionales que pretenden imponer límites a la acción pública, sobre todo en materia de educación superior, para que se libere su comercio y se le considere como un simple servicio más. Hay tendencias de gran alcance que buscan imponer un sistema educativo aparentemente formulado para impulsar el desarrollo de un país, pero son directrices que en la práctica buscan únicamente prepararlo como competidor frente a los rivales que ofrecen producción semejante. Esto significa, a todas luces, no sólo contraponerse al interés público o querer someter los intereses de una sociedad o de un estado a las burdas utilidades de un mercado que quiere, precisamente, abolir el estado mismo, o al menos ponerlo aparte de esas funciones centrales; fundamentalmente, significa reducir la visión del hombre sobre sí mismo, equivale a regresar a etapas anteriores a las de los ideales que aparecieron con mayor fuerza a partir de la Revolución Francesa. Hoy los grandes consorcios globalizantes están creando –así lo divulgan abiertamente– su propio orden educativo, que es un sistema de enseñanza acorde a sus necesidades, su visión de mundo y sus planes de expansión mundial. Esto explica, al menos en parte, la agitación, la premura e improvisación que se viven en el ámbito educativo, y explica también la disposición a impugnar la responsabilidad pública de la educación, hasta cierto punto contrasignada por una visión amplia. Hace comprensible también el intento de ver la educación como una prestación de servicios para una elite global que decide qué ser y hacer.

En nuestro país podemos ver hasta en poblaciones de pocos habitantes la actividad de escuelas no

gubernamentales; en las ciudades, principalmente en las grandes, se puede constatar la notoria cantidad de “proveedores” de educación media superior y superior que en su propaganda mencionan no sólo sus programas educativos, sino hasta la ocupación casi asegurada para la que preparan a sus alumnos. Simplemente, se trata de programas de capacitación para hacer algo, y en ellos no se acepta hacer si antes no se ha comprado la capacitación que se ha programado.

PRIVATIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Hasta hace poco, se creía que el conocimiento era patrimonio de la humanidad y se pensaba que era una conquista de la evolución humana. Ahora se está convirtiendo aceleradamente en una patente, en un secreto celosamente custodiado para que las empresas transnacionales lo vendan como propiedad privada, aunque esto a veces se ostenta de manera truculenta y falsa, porque casi nunca se menciona la vinculación de instituciones públicas con grandes corporaciones y, sobre todo, se calla el uso de fondos públicos para la investigación, se ocultan los subsidios cuyos beneficios no retornan a la comunidad y ni siquiera a los investigadores, cuyos sueldos y regalías a veces son nada en comparación con las ganancias de las corporaciones gestoras y de la elite de los empresarios propietarios.

Los grandes capitales económicos, en complicidad con los gobiernos locales, buscan establecer mecanismos de sometimiento social a través de programas educativos y de la difusión de la cultura global, en la que las competencias, la cultura empresarial y el autoempleo caracterizan la educación actual. Las redes internacionales de universidades y corporativos empresariales que invierten en la educación se involucran en los programas locales y desplazan a los gobiernos de esta responsabilidad, con el objetivo de disminuir su injerencia en este rubro y, de paso, legitimar el sistema que ha establecido la economía global.



Con los ex rectores Efrén Rojas Dávila y Jorge Guadarrama López (1994).

LAS CIENCIAS

Si la tendencia actual es la de privatizar el conocimiento convirtiéndolo en una mercancía más, también es calificado como desinteresado, objetivo y único, depurado y ejemplificado en las ciencias duras, al grado que el conocimiento científico es considerado como la única vía hacia la verdad. En pocas palabras, se ha pensado, y en alguna medida se sigue pensando, que el verdadero conocimiento es el científico. Pero a lo largo del siglo XX se ha llegado progresivamente a la constatación de que el científico es sólo uno de los conocimientos posibles y no abarca sino parte de lo que al hombre interesa conocer. De manera que ya no concebimos el conocimiento como el sitio que permite acceder a una mirada total del mundo, sino más bien lo consideramos como el lugar donde hay posibilidad de recrearlo. La vieja ruta de la fundación de la verdad como finalidad se ha agotado. El conocimiento busca extender su dominio sobre los fenómenos, las cosas y los lenguajes, pero, al contrario de lo que se pensaba, en los últimos años se ha tomado mayor conciencia de sus límites, de manera que ya no es posible la sabiduría empeñada en mirar y describir, porque este intento ha cedido el paso a la teoría entendida

ya no como simple reflejo, sino como la evidencia de un mundo que necesita ser afectado. Así, de la eterna mirada sobre el “cosmos”¹ se nos ha revelado tanto el mundo como también el reto de actuar sobre él. Del “Theoros”² como enviado a contemplar el espectáculo público en actitud contemplativa, describiente y gozosa –dice Jean Ladriere (1978)–, hemos pasado al teórico que además de ver y oír tiene el encargo de retornar con un informe conformado por la palabra animada a participar y recrear el espectáculo. El hombre moderno fija los ojos en las cosas y expresa lo que ha visto, sin poner más que su palabra, pero revestida de su imaginación; ve, siente, reflexiona y expresa lo visto con elementos que no están en las cosas, sino que nacen de su propia conciencia, y como no está aislado, entrecruza sus afectos y sentimientos con los de otros seres, y es entonces cuando se da la coincidencia o el antagonismo. El conflicto o la coincidencia salen a flote en las palabras. Por eso en nuestros tiempos concebimos la teoría ya no como simple descripción objetiva y neutral, sino como una expresión interesada; entendida como hermenéutica en tanto ya no es una visión sino una actitud.

A diferencia de lo que se pensaba, hoy consideramos que la ciencia no es el método por excelencia ni el orden

- 1 En la racionalidad clásica se construye la idea de cosmos como lo indeterminado y misterioso.
- 2 En *Conocimiento e interés*, Jürgen Habermas recupera la antigua figura de Theoros. Entre los griegos éste era el enviado al ágora para escuchar y mirar los acontecimientos de lo público, y a su regreso entregaba un informe neutral y objetivo sobre la intensidad de la fiesta o el drama del ejercicio público.

de la sabiduría. En alguna medida, ha recuperado los rastros de la antigua teoría, por eso es aún una mirada, pero se trata de una observación actuante sobre el mundo que, en palabras de Ladriere, se comporta como líquido revelador y no como un espejo. Está en marcha un cambio de gran trascendencia en el que se pasa a entender el conocimiento como acción sobre el mundo y la vida en la recuperación crítica del conocimiento, pero como capacidad de actuar. Si la razón antigua tenía el encargo de mirar, la razón moderna tiene la misión de descifrar, de disminuir las incertidumbres, pero también la de aumentar las preguntas. Tanto el mundo como el hombre son más bien preguntas constantes.

Este desplazamiento aún no es ampliamente reconocido, y sin embargo es de gran importancia, puesto que cambia la ubicación del hombre en el mundo, le da otro lugar, porque de la pura contemplación, pasa al conocimiento como acción en que la palabra misma tiene como destino un efecto transformador. Es claro que si al mundo le agregamos su conocimiento, ya no sigue siendo el mismo. Concebir el conocimiento como acción descifradora no consiste meramente en arrancar los secretos de sus pliegues, sino en dar palabra a lo inexpresado y vivir en los bordes (no en las definiciones), que es donde realmente el ser humano habita y se discute.

En la perspectiva del conocimiento como acción la ciencia pertenece a los hombres; afecta la vida, es un verdadero reto y hasta un riesgo, porque los conocimientos movilizan tanto la cultura como la producción de bienes materiales y son una razón de lucha en las instancias políticas de la sociedad.

Entendidas como acción humana, las ciencias intervienen hasta en el más silencioso secreto de nuestras intimidades, a la vez que movilizan las economías. Por ello, deberían ser más estatales, sobre todo en cuanto a sus efectos y a las urgencias de planificación. Por su precisión y claridad, la ciencia se incorpora al proyecto de la modernidad en que el hombre deja de ser tutelado por los dioses, y apoyándose entonces en la ciencia como acción, se desplaza de la pura contemplación, actúa donde el rumbo ya no es la sabiduría; donde aparece el sujeto, el estado y la necesidad de anticipación frente al futuro; en el orbe donde el Doctor Fausto ha decidido contaminarse de realidad y se ha determinado a emprender el reto de

construir una realidad mejor; donde Descartes pone en escena el discurso del método; donde Galileo fija la tierra como una minúscula esfera en el espacio infinito y la luz es un cuerpo. En fin, donde el hombre construye su morada en un mundo como obra inacabada.

El conocimiento abre la inmensidad de lo que se desconoce, pero no porque, por así decirlo, está ahí cubierto y para conocerlo sólo ocurra despojarlo de la cobertura; por el contrario, como decía Popper (1962), constituye un desafío en el que nos jugamos la vida y en el que son importantes tanto la proposición científica y la lógica de su conformación como la recuperación de la huella humana en todos sus procesos. Hoy, la inocencia del conocimiento no es más que una nostalgia.

La ciencia pertenece, en efecto, al ámbito de lo humano. Si bien constituye un conjunto de saberes y una actividad investigativa planeada, con su propia lógica y anatomía, en la época contemporánea invade nuestras vidas, incide en lo cotidiano, afecta las dimensiones de la ética, la estética y la cultura. Entendidos como acción, el conocimiento y la ciencia traspasan el interés puramente teórico y hermenéutico, y figuran como operativos en la historia efectiva. El conocimiento impone desplazamientos, deconstrucciones de sistemas normativos y expresivos de las culturas; en otras palabras, afecta e induce la creación de valores y de sistemas de expresión; afecta el arraigo que los hombres estamos siempre empeñados en producir. La ciencia plantea a los seres humanos la tarea mínima de reconocer nuestra huella en ella, nos encarga cuidar los intereses que ella misma no tiene claros y nos pide advertir sus límites. La ciencia nos pertenece y por eso nos interesa su pertinencia.

En la cultura como afirmación de la vida humana es donde ocurre la ciencia, donde penetra en el entramado de nuestra vida afectiva, ahí donde adquiere sentido la vida singular y colectiva. Ciencia sin huella humana no tiene sentido.

LA TECNOLOGÍA

Las tecnologías están pensadas fundamentalmente como la actividad creadora del hombre para trabajar menos, son consideradas como el universo instrumental que, por su novedad y complejidad, puede hacer del hombre un marginado o un ser que siendo capaz de crear ese mismo universo, en realidad quede fuera de él. Otra visión de las tecnologías las considera como la instalación de los sustentos de la violencia (tecnologías del poder) y como la causa del advenimiento de grandes imperios de dominación que ponen en sospecha a la razón misma. Sea como sea, las tecnologías también han diluido las fronteras de las ciencias y la vida.

Por otra parte, debemos admitir que la carencia de tecnologías en la producción, en lo social, en el poder, en la educación y en la cultura nos produce la angustia del atraso y nos hace sentir la urgencia de adecuarnos, sin más, a la actualidad. Pero esto no impide sentir también que la invasión y el desbordamiento tecnológicos sean considerados la causa de grandes frivolidades y de hastíos insoportables, tal como lo denuncian las tendencias contraculturales. El poder de la tecnología consiste en que puede hacernos pensar que la realidad que nos ofrece es la única o que es la *Realidad*, ocultándonos con maestría los verdaderos intereses que la promueven. Una mirada a nuestros espacios cotidianos nos permite comprender que estas concepciones son en gran parte los condicionantes del sopor y del conformismo que reinan en nuestro tiempo.

La propuesta de este trabajo consiste en pensar las tecnologías como acontecimientos en la cultura, como elementos de ese tejido de la vida en el que, sin descanso, urdimos y construimos los hilos para afirmarnos y realizarnos, para lograr el fin elemental de construirnos.

La tecnología ha existido desde hace mucho tiempo, pero si la Antigüedad produjo la rueda y otros inventos de trascendencia histórica, su

diferencia con la tecnología moderna y contemporánea radica en la velocidad e insistencia de su producción. Una forma definida de acción tecnológica actual resulta palpable en su casi imperceptible relación con la ciencia. La relación ciencia-tecnología se vuelve concreta en la industrialización, cuando el hombre, con el proyecto de la modernidad, se piensa como el constructor de su destino, se define sujeto en relación con la sociedad y se considera ciudadano para la libertad (Orozco y Romero, 1991, especialmente el primer capítulo).

Como lo hemos dicho, las ciencias y las tecnologías influyen de manera importante en nuestra forma de vida, irrumpen en las culturas modificando los sistemas de información, la representación y valoración. Su influjo es palpable en las dimensiones ética y estética de las culturas, porque la acción del hombre en cada instante mediatiza para dar sentido y arraigo a lo que él mismo hace.

En nuestro mundo, que no es un modelo para imitarlo, sino un reto permanente de validación de la vida y de la acción humana; en este espacio de lucha, las ciencias y las tecnologías son dimensiones de la cultura que así como irrumpen y construyen, también desestructuran lo obsoleto, generan posibilidad de desarrollo y pueden conducir a un mundo más humano, en tanto imponen la movilidad de valores nuevos, de formas de arraigo y de expresión de las culturas.

En este orden de ideas, es claro que la ciencia no se agota en los tribunales de una academia analítica cuyo interés se centra en la delimitación de un problema, en el ensayo de una solución o de su puesta en falso; ni siquiera sucede ahí. Sin embargo, mientras la vida transcurre en su dramaticidad, la comunidad científica, en una situación mucho más compleja, puede develar las relaciones de conocimiento e interés y advertir analíticamente de los alcances y límites de la acción científica y tecnológica. Por eso, tanto instituciones como sujetos debemos contribuir desde la dimensión ética y estética de la cultura en vigencia y siempre crítica, al enriquecimiento de la voluntad libre, al reconocimiento de nosotros mismos en el empeño de mundos posibles, *al trazo permanente de sentido*.

No son únicamente los dispositivos de poder, los grandes capitales y los centros de decisiones políticas los que deben definir el rumbo de la formación de recursos

para nuestro futuro, tampoco es el modelo trasplantado de manera ingenua el que nos ofrece alguna esperanza: es la acción humana la que dirige la construcción de sentido. Lo que hemos querido enfatizar en estas líneas es que las ciencias son públicas y que su acción se ejerce en el mundo de la vida. Ladriere entiende la acción no como una intervención que sólo modifica el orden de las cosas, sino más bien subraya la intervención del ser humano “como fuente autónoma de causalidad” que busca inscribir “su marca en el mundo”.

LAS ARTES

El arte es también una producción humana y se le puede considerar como el instrumento para mostrar lo no mostrable, lo que no hemos podido comunicar con el raciocinio, la argumentación y los discursos; es el medio que comunica aspectos de la realidad –considerada por el hombre– que no ha tenido voz en otros medios y por ello se creía no-mostrable. Desde sus orígenes, el hombre ha sentido la acuciante necesidad de querer expresar todo lo que siente, piensa, imagina, etc. (amor, soledad, esperanza, miedo...) por medio de la palabra, pero las más de las veces se queda a mitad del camino. Quien suele ir un poco más adelante es el poeta, mediante su lenguaje figurado que pide necesariamente al interlocutor participar en el proceso. La condición mortal del hombre lo condena con frecuencia a un silencio lleno de impotencia, y el poeta mismo constata sus límites en el intento de decirlo todo.

Pero el arte, para ser tal, debe ser contaminado y lo opuesto a la ocasional concepción del “arte por el arte”, que no llega a tener sentido convincente. Cuando se ha pensado el arte alejado de la experiencia de la vida; cuando los artistas se han aislado para no tener que habérselas con la producción, la comercialización y el consumo, ha sido entonces cuando el arte ha perdido importancia. El arte del Renacimiento estaba contaminado por el poder, y en ese tiempo las iglesias eran lo que hoy representa la industria. En nuestro mundo-imagen en el que la imagen es la mercancía y donde todo es mercancía, la belleza no puede perder su función de intermediaria en una visión más amplia de la realidad. ¿No es acaso la belleza la que nos enseguece, la que siendo propiamente una verdadera

luz negra ofusca nuestro entendimiento, pero al mismo tiempo nos hace ver? ¿El arte no engaña y devela? En síntesis, el arte tiene la capacidad de ponernos en contradicción con nosotros mismos. La Belleza, el conocimiento estético nos abre el camino a lo irrepresentable y a los ideales, pero también a lo inaceptable, a lo que absolutamente no debe ser. No estaba del todo equivocado Dostoievski (1999) cuando decía que donde hay belleza están Satanás y Dios que se disputan el corazón del hombre. Lo mismo nos lo da a entender la experiencia del protagonista de *The Temple of the Golden Pavilion*, de Yukio Mishima. Como sabemos, el arte está tanto de parte de uno como del otro, y lo constatamos en innumerables expresiones artísticas y no sólo en las literarias.

Indudablemente que en nuestros días existe una belleza dominante, pero mediocre, superficial, que en realidad no es belleza y se reduce a una imposición de *marketing* aceptada por comodidad y a la ligera, para evitar ser rechazados por la sociedad y especialmente por los que están más cerca y cuentan en nuestra vida. En nuestro mundo, tener cierta belleza es una condición de pertenencia que evita parecer diferentes, porque la diversidad nos causa miedo. Por esta razón confiamos en los productos con marca e imágenes fuertes. Una marca nos hace sentir parte del rebaño, nos hace miembros del gran criadero global en que la diferencia significa alienación. En nuestros días, nadie quiere convertirse en oveja negra o descarriada; todos queremos ser corderos que, sin saberlo, tenemos como destino el rastro de las multinacionales del consumo. La marca es una tarjeta de afiliación al club global que desearía vencer la carrera contra la incomodidad, el dolor, la fatiga. La marca crea la sensación de participar en la competencia de quienes se proponen ganar la lucha contra el tiempo que nos aproxima a la muerte.

En este mundo de mercado se avizora el futuro como un lugar en que la evolución científica y tecnológica combinadas con el

branding serán capaces de crear un mundo virtual sin culpa, penas ni dolor, brillante y esterilizado; un mundo en que la posible fealdad de la realidad humana será excluida por el miedo a que ponga de cabeza los códigos patentados.

La televisión es la posibilidad a la mano de vivir en la total falta de experiencia directa de las cosas, por eso agrada y tiene los efectos de una droga, como lo tienen las colas (Coca Cola y Pepsi Cola), productos sin sustancia, con saborizantes y colorantes artificiales, reproducibles al infinito, cuyo consumo se decide por el placer inmediato de apagar la sed, pero también con la ligera expectación de que, al menos por el momento, diluyan nuestras congojas, a sabiendas de que se trata de productos sin elementos verdaderamente nutrientes y sin ninguna otra cualidad.

Nuestras verdaderas necesidades son otras, y están más allá de lo superficial e inmediato. Lo son la infinita necesidad de llenar el vacío que deja nuestra insuficiente nutrición intelectual y la necesidad de borrar la sensación de vida insípida e inconsistente de quien no es amado. Y como no tenemos el coraje de amarnos, necesitamos un amor sustituto que encarne aparentemente muchas posibilidades –televisión, cine, arte, gastronomía, juego–, que nos hace adictos y nos obliga a consumir siempre más para olvidar el pasado sin vivir el presente ni imaginar un futuro diferente.

Por estas consideraciones y otras más, la ética y la estética son como las dos ruedas de una bicicleta de las que no podemos prescindir ni concebir la una sin la otra. Una de ellas empuja y la otra dirige, pero, de cualquier manera, ambas deben recorrer la misma cantidad de asfalto, tal vez con un número de giros diferente, pero la longitud del trayecto es, en todo caso, idéntico para ambas. No existe estética sin ética. En la bicicleta del mundo ambas son indispensables, de manera que si queremos que la bicicleta funcione, es espuria

la preocupación de que la estética sustituya a la ética.

La realidad se ha virtualizado. En nuestros días se le otorga mayor valor a la marca que a los productos. Pero esta simplificación del mundo según las marcas no deja de ser un espejismo: éstas se pagan a precio negado para muchos, y por eso son causa de ansiedad y de otras reacciones en las que se ponen en juego el orgullo y la anhelada distinción social, pero que en realidad no aportan algo consistente a la humanidad; más bien, se nutren de ella y son caníbales, ya que se apoderan de las culturas para eructarlas con autenticidad artificial. Situación que no debemos considerar de manera indiferente, porque esta forma de proceder choca frontalmente con el sentido de autoconfianza de la gente. Mina la confianza sobrevivir cuando se sustituyen las culturas populares con un romo simplismo proveniente de otras latitudes que obliga a usar los medios de la tecnología para hacer sólo lo que está planeado según determinados intereses.

La verdadera cultura, en cambio, debería ser lo opuesto a lo mercantil; no puede ser reducida a una pista veloz que tiende solamente a la satisfacción superficial y al consumo.

La cruda verdad es que la industria no está interesada en la realidad humana y tampoco le interesa la creatividad. Su obsesión es la ganancia y por ella produce también lo éticamente incorrecto. Nuestra cultura es una cultura de empresas, que han quedado como los árbitros únicos de las ideas y la cultura.

En estas condiciones, los verdaderos creadores deben romper las barreras y derribar los códigos mercantilistas, en el esfuerzo por lograr la verdadera creatividad. Ocurre generar genuina belleza y darnos la posibilidad de crear libre expresión con verdaderos y profundos significados, dejando de estar condicionados por la ganancia. Hay que tener el coraje de ser diferentes.

Nunca como ahora, las ciencias y las tecnologías habían incidido sobre la vida humana en la medida que definen el modo de ser de la sociedad contemporánea. El avance de la información y la cada vez mayor reducción del mundo –en el sentido del acortamiento de las distancias– exigen tomar nuevas decisiones frente a las dimensiones ética y estética de la cultura.

Lo que quizá hoy permita la valoración del yo es la intensidad del compromiso en la interacción social. No se es en la individualidad o tal vez se es escasamente. La

presencia del otro es la que nos da existencia. El hombre es pregunta y búsqueda reiterada de sentido; existir es buscar y buscarse. La dimensión ética de la cultura es el espacio de afirmación de la acción humana que justifica la tarea de enriquecer la voluntad libre. Cuando oímos decir que “esta sociedad ha perdido los valores”, debería expresarse claramente que estamos perdiendo la capacidad de crear nuevos valores, símbolos y lenguajes que nos permitan aprendernos.

En su finalidad formativa, el conocimiento es un espacio para la libertad en tanto nos hace tomar conciencia de lo que carecemos. El conocimiento se conforma históricamente para que podamos darnos cuenta de nuestras acciones, de modo que la paradoja sería encontrarnos solos en un mundo que nosotros mismos hemos construido. La verdadera teoría, por tanto, no puede ser una mirada vana, etérea e indiferente sobre el mundo; tampoco un ejercicio insignificante que deja las cosas tal como están. La teoría consistente es el esfuerzo sublime del *logos* humano por elevarse sobre una vida contingente, aparentemente abandonada a la fatalidad, hasta la sublime condición de una vida soberana que tiende a coincidir con lo que ocupa el centro de nuestros deseos.

El gran compromiso de las ciencias, las tecnologías y los saberes en su finalidad formativa es el de repensarse como un espacio para crecer en libertad. La acción humana es la culpable de su destino, y por eso se mediatiza en los procesos de la cultura, que no es otra cosa que la dimensión social en la que el hombre produce sentido.

Si libertad es saber lo que se quiere, consecuentemente, en toda postura de conocimiento, crece la conciencia de las necesidades. En este sentido, Ladrière afirma que la historia es el lugar de la libertad. Nada contradice que pensemos las ciencias y las tecnologías en su finalidad histórica.

LA EDUCACIÓN

Sobre el tema educativo se ha escrito ininterrumpidamente y es, en efecto, una preocupación constante. En esta continuidad no es arriesgado plantear que la preocupación educativa es permanente porque trata de poner en orden gramáticas que den cuenta y organicen la producción y

reproducción de los lenguajes con los que el hombre establece sentidos sobre lo que ocurre en el ámbito de la vida.

¿Por qué educar? Esta pregunta no es de interés banal. Es una interrogación que aparece permanentemente en escena debido al interés de controlar las lógicas del discurso y del obrar en los espacios de lo humano.

Se ha dicho que con Galileo, y más precisamente con la teoría copernicana, se abre la nueva postura del conocimiento porque se plantea de manera distinta la pregunta sobre el conocimiento. Esta pregunta tiene un pasado que los historiadores nos hicieron pasar como tiempo vivido, pero que es un tiempo que siempre inicia, porque la memoria insiste en recuperarlo. En este orden de ideas, se puede pensar la historia de las ciencias como la urgencia por ordenar las preguntas. La historia misma es la manera como el hombre organiza las preguntas, y en ella no hay respuestas definitivas, porque toda respuesta es el retorno irremediable a la pregunta. En el enunciado y solución de un problema químico, matemático o artístico se constata que el placer que produce la respuesta encontrada consiste en volver a la pregunta. Una respuesta no tiene gran consistencia en sí misma y, casi siempre, es más estimada cuando abre la dinámica de la pregunta.

Educar puede ser, en consecuencia, introducir en el ordenamiento de las preguntas. Es pertinente preguntarse sobre urgencias vistas como el resultado dramático de intereses. Y cabe acentuar aquí que no se pueden plantear preguntas sin tener clara la historia de lo que se pregunta. El problema radica en que el ámbito de lo humano enuncia siempre las mismas preguntas, que se fertilizan y aparecen distintas precisamente porque la historia no es sólo pasado ni recurrencia, sino insatisfacción. De aquí que educar consista en tomar conciencia de esa insatisfacción y que la idea de formar sea claramente histórica.

En la racionalidad clásica la *paideia* pretendía desarrollar al individuo en los oficios, el arte y la verdad mediando una concepción provisional de la vida. La idea era salvarse (y nadie se salva por otro). Eran siglos de individualismo que la *paideia* resolvía formando para el trabajo, en la estética, en la coincidencia de ideas, en la búsqueda del bien y del poder con la finalidad dogmática de encontrar una promesa en el más allá. Por eso el eje de la Antigüedad era lo sagrado. De allí que la imperfección del individuo requiera la construcción de preceptivas que lo acerquen a la promesa. Pero el problema de una promesa consiste en que es necesario creer en ella, aunque no se cumpla y aparezca cada vez más lejana. El hombre ama más lo lejano. Y cada vez que se aproxima lo que teníamos como remoto, nos asusta el saberlo próximo. Amamos más lo que está a la distancia. Este es el fundamento de la *paideia* y de la escolástica: el juego de acercar y alejar, y la idea de salvarse.

En la Antigüedad, el conocimiento era, entonces, cercanía y lejanía a la vez. Y el oficio de la teoría consistía en mirar y escuchar para retornar con un informe neutral y objetivo. El conocimiento era visto como contemplación de lo que el individuo es capaz de gozar, pero que no le pertenece del todo. Aproximarse ha sido la tarea de la *paideia*.

Ahora bien, aún persiste la educación con la finalidad de salvarse. Se le puede evidenciar en el ascenso social que produce el ser educado, en la búsqueda del sentido, en la posibilidad de distinguirse o en la amargura de no ser reconocido; pero en esto hay una diferencia, pues la modernidad tiende a ver la cuestión de manera diferente: ya no se trata del puro creer como individuo. La razón moderna anima la construcción del otro, y uno es el otro del otro. La existencia es ser en el otro porque no existe más la individualidad como otrora, sino las lógicas, las normas, los símbolos, los valores para reconocerse en la conciencia genérica. La

modernidad construye la teoría con una nueva postura. El conocimiento afecta a quien conoce y ya no se le puede concebir más como la pura contemplación del antiguo Theoros. La nuestra es una concepción que se levanta irreverente contra todo dogmatismo porque la existencia es pública por fin. Las ciencias y las tecnologías tienen su lugar en la conformación del ser humano. Inscriben la huella humana en el ejercicio de los puros objetos y de la razón instrumental. Por eso no se aceptan más las preceptivas que, como gramáticas, nos otorgan la comprensión de lo que pasa. Las ciencias y el arte son modos de otorgamiento de sentido.

Una epistemología de las ciencias evidencia preguntas como las siguientes: ¿cuáles son las preguntas que, por ejemplo, la química, la biología o la astrofísica se ponen?, ¿en qué contextos éstas se resuelven?, ¿cuál es su papel en los ordenamientos del desarrollo humano? y ¿qué relación tienen con la educación? La vida distraída, absorta en la profesión centrada en desarrollar programas sin saber en qué concluyen, quién los utiliza a fin de cuentas y para qué, es un escenario que hoy se repite por doquier, pero ésta es una vida que atrofia, mucho más cuando maquinal y gregariamente se trabaja con la finalidad de recibir la aprobación del superior aunque se rivalice con quienes, al menos, se ponen preguntas.

Hoy, el verdadero compromiso es escaso, pero tanto el científico como el técnico o el artista y cualquier otro habitante del planeta deberían preguntarse cómo, desde su singularidad, aportan al desarrollo humano. De las generalidades de la práctica científica hay que pasar a las preguntas por el interés técnico en las ciencias empírico-analíticas, a las preguntas por el interés práctico del conocimiento en las ciencias histórico-hermenéuticas y a las preguntas de las ciencias críticas. Las discusiones de ahora se centran sobre todo en cómo la ciencia y el conocimiento no son más que acción instrumental y tienen un lugar privilegiado como acción discursiva y comunicativa en el desarrollo humano.

Aunque la relación ciencia-educación tiende a veces a bifurcarse, no debe perderse de vista que el compromiso educativo es con el desarrollo humano. Algunos pensadores contemporáneos (Habermas) muestran cómo, además del mundo de la vida, en el que cotidianamente estamos sumergidos, al grado que éste otorga unidad a nuestra

experiencia, la modernidad occidental da lugar a la diferenciación cultural de perspectivas y tipos de discurso que permiten a cada sujeto adquirir un “mundo objetivo” –aquel en el cual se relaciona cada vez más a través de la ciencia y de la técnica y al cual se refiere pretendiendo básicamente conocimiento–, un “mundo social normativo” –al que se refiere básicamente buscando justicia y rectitud– y un “mundo interno” –al cual se refiere pretendiendo sinceridad–. La escena educativa en nuestros días es confusa frente a las pretensiones de comprensión, verdad, rectitud y sinceridad porque los mundos objetivo, social e interno pierden unidad. Predomina la acción educativa estratégica y sectorial que nos rinde difícilmente la visión de conjunto.

Necesitamos una concepción ética de las ciencias, las artes y la educación en tanto procesos de dimensión de la cultura. Se siente inaplazable la formación en libertad y en franca controversia con una tradición ascética y preceptivista que impide el conocimiento como acción. La resituación del deseo en los procesos formativos establece una ruta clara hacia una formación con sentido, y en éste las ciencias, las tecnologías y los saberes apuntan a favor de la vida. “Ya no hay una sola gramática para leer lo que pasa. Las viejas identidades se sienten profundamente amenazadas”, ha dicho recientemente un congresista. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Dostoievski, Fedor (1999), *El idiota*, Barcelona, Editorial Juventud.
- Habermas, Jürgen (1990), *Conocimiento e interés*, Buenos Aires, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara.
- Jaeger, Werner (1980), *Paideia*, México, FCE.
- Ladriere, Jean (1978), *El reto de la racionalidad*, Salamanca, Sígueme-UNESCO.
- Mishima, Yukio (2001), *The Temple of the Golden Pavilion*, Londres, Vintage.
- Orozco, Luis Enrique y Luis Ernesto Romero (1991), *Formación local de recursos humanos: caso Colombia*, Bogotá, Textos M.D.U.
- Popper, Karl (1962), *La logica delle scienze sociali*, en AA. VV., *Dialettica e positivismo in sociologia*, Turín, Einaudi.